



OLIVEROS CROMWELL.

Nació este grande ambicioso el último año del siglo décimo sexto, en el condado de Huntington en Inglaterra, de una familia ilustre y muy acomodada; pero Oliveros, que era el hermano segundo, solo heredó un escaso caudal. Enviado por sus padres á la universidad, progresó poquísimo en los estudios; dióse á todos los vicios, y disipó en el mayor desenfreno una buena parte de su patrimonio.

Pasaba esto en una de aquellas épocas que la his-

toria y la filosofía no estudiarán jamás demasiado; épocas de transición, de renovación, de inmenso trabajo intelectual, y al mismo tiempo de terribles violencias, de inauditos escándalos, manifestaciones exteriores de aquella dolorosa elaboración interna, de aquel vivo fervor de las ideas, como el humo, las piedras y los ríos de lava que expide el volcán revelan la rugiente combustión de su cráter. El despotismo monárquico había llegado en la hoy tan libre Inglaterra á un grado tal, que solo pudiera hallarse su igual en los más degenerados pueblos orientales; y todavía la comparación es desventajosa para estos, porque á lo menos no hay ejemplo de que ni aun á los más dóciles asiáticos se les haya impuesto en virtud de un simple decreto, hoy una religión, mañana otra, luego la primera, después la segunda, y todo por uno y muchos infames caprichos de un tirano. Si estos hechos no nos fuesen atestiguados por tantos escritores, y no estuviesen tan recientes, la más cándida credulidad se resistiría á darles crédito. Pues esto es en sustancia lo que sucedió en Inglaterra á principios del siglo XVI; este el miserable espectáculo que dió al mundo la grande, la soberbia Albión bajo el reinado del tirano Enrique VIII. Prendado de una hermosa, quiso este repudiar á su noble, á su virtuosísima esposa Catalina de Aragon, la iglesia de Roma, cuyas protectoras alas cobijan todas las desgracias, defendió los legítimos derechos de aquella reina desgraciada: Enrique VIII rompió con la iglesia de Roma, y decretó que su pueblo rompiese también con ella, que renegase de la antigua fé de sus padres, que abrazase la abominable herejía de Lutero, y oh mengua! oh baldón! su pueblo renegó de la antigua fé de sus padres, y abrazó, porque se lo mandaba el rey, la abominable herejía de Lutero!! Y Catalina de Aragon espiró en un infame cadalso. ¿A qué recordar aquí las sangrientas bacanales con que escandalizó Inglaterra el mundo en aquellos primeros años de su divorcio con la iglesia católica? el asesinato legal del gran Tomás

Moro, el suplicio de las cuatro esposas del tirano, la destruccion vándala de los antiguos monumentos religiosos; luego la sombría reaccion suscitada por la reina María; luego en fin los atentados de la reina Isabel

Reina, no, mas loba
libidinosa y fiera,
madre de muchos y de muchos nuera!

Isabel hizo morir en un afrentoso patíbulo á la hermosa cuanto desventurada María Estuardo: así acostumbraron ella y su padre al pueblo inglés á derramar sangre real, y de esta sangre, como de una falta sencilla, nació el execrable delirio que puso bajo el hacha de un verdugo la cabeza del justo é infeliz Carlos I. Dios habia apartado sus ojos de aquella nacion herida de insensatez, de orgullo y de error.

Luchaba Carlos animosamente contra las pretensiones invasoras de los corifeos populares, mientras seguia Cromwell en la universidad la relajada vida que antes digimos. De pronto, ya fuese artificio, ya sincero fanatismo (lo primero probablemente), reformó en un todo su conducta de libertino extragado, jugador intrépido, disipador y espadachin, é hízose el mas rígido de los puritanos: así llamaban enteces á los que tenian ó afectaban un exagerado celo por la pureza de la religion y de las costumbres. Con el mismo ardor con que se habia dado al vicio, se dió entonces á la devocion. La casualidad y la intriga le valieron ser elegido individuo del *parlamento largo*, aquel parlamento faccioso y regicida que levantó el estandarte de la rebellion contra Carlos I, le hizo una guerra inícuá, y acabó por condenarle á muerte.

Cromwell no habia nacido orador, ni poseia ninguna de las cualidades que se requieren para distinguirse en esta carrera; tenia una figura muy desgarrada, sumo desaliño en su traje, mala voz, elocuencia trivial, oscura y dificultosa. Así fué que nunca se distinguió en el par-

lamento mas que por la ciega violencia de sus instigaciones para llevar las cosas al extremo contra el partido del rey. El mismo hubo de conocer que su fuerza no estaba allí, y con aquel instinto peculiar á las grandes inteligencias, abrazó la profesion militar.

Cuarenta y tres años tenia cuando la abrazó. Ardia entonces la guerra en todo su encono entre los ejércitos del rey y los del parlamento, Tenia sobre estos la primera autoridad el célebre Fairfax, gran soldado, pero político débil é indeciso: Cromwell se apoderó de toda su confianza, y al caso de poco tiempo fué el alma del ejército: sus extraordinarias disposiciones militares justificaban plenamente. Habia empezado por levantar á sus expensas un regimiento; poco despues fué nombrado teniente general de caballería, y á su valor y á sus consejos se debieron sin disputa los grandes triunfos de Marston-Moor (1644) y de Naceby (1645) que acarrearón la ruina del partido realista. Desde entonces empezó Cromwell á pensar seriamente en dominar á su patria, á lo menos solo desde entonces empezó á revelar en su conducta pública este ambicioso pensamiento; y como habia muchos hombres en el parlamento que sospechaban sus intenciones, y se manifestaban dispuestos á oponerse vigorosamente á ellas, Cromwell *expurgó* (este es el nombre que se dió á aquel atentado, y que ha consagrado la historia) expurgó aquella asamblea, es decir, arrojó de ella á mano armada á los individuos que le eran hostiles, y con los pocos, pero muy seguros, que le quedaban, hizo condenar á muerte al desgraciado Carlos I (1649), que fué una de las sentencias mas inícuas en el fondo é irregulares en la forma de que hacen mencion los anales del mundo, En seguida disolvió Cromwell en persona con unos cuantos soldados aquel criminal parlamento, despues de haber proclamado la república, cuyo jefe se constituyó á sí propio bajo el título de Protector: desde esta época reinó cual soberano absoluto sobre Inglaterra, y fuerza es reconocer que su reinado fué muy glorioso: casi todas las potencias reconocieron su autoridad, y solicitarón su alianza; murió

en 1658. Su hijo Ricardo Cromwell fué reconocido ns sucesor en el protectorado; pero enteramente desprovisto de capacidad y de enerjía, ejerció su autoridad algunos meses, y abdicó espontáneamente en 1659 á consecuencia de algunos tumultos, y por haber sabido que se acercaba Carlos II, hijo del rey mártir. Hasta su muerte, acaecida en 1712, vivió en la mas completa oscuridad.

Cromwel debió su prodigiosa fortuna tanto á su profundo disimulo, ó sea á su refinada hipocresía, como á su indisputable talento, á su valor á toda prueba, y á su infatigable actividad. La historia, juzgando por los resultados, le dá con razon el título de grande hombre; la moral, considerando su vida privada, los móviles de sus acciones, y en suma, todo lo que inmediatamente toca á la jurisdiccion de la conciencia, fulmina sobre él, con no menos razon, el solemne anatema con que estigmatiza á los hipócritas, á los impíos, á los traidores, y á los regicidas. En buen hora, repetimos, los llame el mundo *grandes hombres*: otro nombre les dará sin duda en su altísima mente el que dijo estas palabras ¡ay! harto desatendidas: *Mi reino no es de este mundo!*

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.

VIAJE DEL JOVEN TOBIAS. — SU MATRIMONIO.

Celebrado el casamiento, Raguel quiso que su yerno se quedase en casa, y Tobías dijo al ángel:

«Tengo que pedir os una gracia: ya veis la amistad con que me trata Raguel, y que quiere que me quede con él unos dias. Vos sabeis todo lo que le debo; pero por otra parte sabeis que mi padre cuenta los mo-

mentos, y que si me detengo mas tiempo, esta tardanza le sumergirá en el dolor. Acabad generosamente lo que habeis empezado; tomad caballos y criados, id hasta Ragés, ciudad de los medas, donde vive Gabelo, devolvedle su obligacion, y tomad los diez talentos que os dará; rogadle por último que os siga á fin de que concurra á las funciones de mi boda.»

El ángel Rafael consintió en hacer el encargo, y partió pasando siempre por guia de Tobías. Despues de un feliz viaje volvió con Gabelo.

La fiesta duraba todavía cuando llegó el nuevo huesped, y el jóven esposo se hallaba en la mesa. Luego que vió al amigo de su padre, se levantó, y Gabelo le dijo estrechándole en sus brazos:

«Sed bien venido, porque sois hijo de un gran hombre de bien, cuyas virtudes han mitigado los males que Israel ha sufrido.»

Pero pensando Tobías que sus padres debian estar mortalmente alarmados, manifestó la intencion de partir, aunque le costase mucho. Despues de grandes instancias, Raguel consintió en dejarle partir: le dió su hija, y con ella la mitad de todos sus bienes, en esclavos, criados, ganados, vacas, camellos, y además una gran cantidad de dinero.

V.

VUELTA DEL JOVEN TOBIAS.

Los dos esposos se pusieron en camino; pero adelantaban poco á causa de los ganados que llevaban. El ángel aconsejó á Tobías que se adelantase á fin de que pudiese ver á su padre mas pronto. El jóven siguió este consejo, y separándose de su esposa caminó rápidamente con su guia.

El padre de Tobías y su esposa se hallaban entregados al mayor dolor; no oian hablar de su hijo, y sin embargo, segun su cuenta, debia haber vuelto. La alarma del santo varon era grande, pero no se quejó.

Sometido á Dios, aceptó sin murmurar esta nueva prueba.

Entre tanto el jóven Tobías llegaba con su guia.

«Al momento que pongas el pié en casa, le dijo el ángel, te prosternarás y adorarás al Señor; hecho esto correrás hácir tu padre, á quien abrazarás con ternura; ten dispuesta en la mano la hiel del pescado que te he aconsejado traigas, frota con ella los ojos del anciano, y á poco se reanimará su vista hoy apagada, y sus ojos volverán á ver la luz del cielo.»

Mientras hablaban de este modo, Ana, su pobre madre, se hallaba como de costumbre en el camino y en la cima de un monte, desde la cual se descubria toda la llanura. Descubre á unos viajeros que marchan apresurados hácia la ciudad; se levanta transportada de alegría, corre á casa, y apenas tiene fuerzas para decir á su marido.

«Ya viene nuestro hijo!»

Al partir, se habia llevado el joven Tobías un perro al cual criaba. El pobre animal no le habia dejado un solo instante, y cuando los viajeros estaban cerca de la casa, él se adelantó, como si fuese un correo despachado para llevar la noticia de que ya estaban de vuelta. Se puso á acariciar al anciano, á saltar en torno suyo y á manifestar su alegría segun podia.

Tobías el padre olvidó que era viejo y ciego, se levantó bruscamente para correr á abrazar á su hijo; pero sus ojos cerrados á la luz no podian servir para dirigir su marcha, de modo que tuvo que guiarle un criado, y á poco estrechó á su hijo en sus brazos.

Despues de estos primeros momentos consagrados á la ternura, se prosternaron y adoraron al Señor.

OROSMINA.

Es un bonito nombre, no es verdad? Pues bien la niña que así se llamaba era mil veces mas linda, aun-

que estas dos cosas no admiten comparacion. Hija de un opulento comerciante de Calcuta, *la ciudad de los palacios*, como dicen los europeos, habia nacido en las orillas del Ganges, rio importante y magestuoso, habitado por enormes crocodilos. Pero adorada de sus padres de quienes era hija única, vino á poco á España, donde queria aprendiese las costumbres de las grandes capitales de occidente. Asi la señora de Brugada que sabia muy bien que de las primeras impresiones de la infancia depende casi siempre nuestro porvenir, resolvió establecerse en Madrid antes que Orosmina hubiese cumplido siete años. Efectivamente solo tenia seis la graciosa Bengali (asi la llamaban comunmente) cuando la pusieron al cuidado de varios maestros que la daban leccion en la casa paterna.

Su rostro era tan pálido, llevaba grabada en él tanta serenidad, que no podia uno dejar de amarla, y cuando hablaba todos callaban en torno suyo, tan dulce era su órgano, tan armoniosamente vibraba su voz en el oido. Y luego era tan sensible á las reprimendas, tan docil con los consejos, que toda severidad desaparecia ante lo inquieto de sus miradas, de suerte que podia decirse era uno de esos célicos rostros de serafines, cuya angélica bondad ha sabido divinizar el genio de Rafael.

Y sin embargo, ved como es preciso desconfiar hasta de los beneficios que Dios nos concede. Uno de los mas preciosos que solo otorga Dios á los que ama, muchas veces habia hecho á Orosmina cometer faltas graves, aunque tenian su origen en un sentimiento noble. Accesible su corazon á toda impresion, la linda Bengali se sentia penetrada de un dolor mortal cuando veia un desgraciado á quien no podia aliviar, y todo el mendigo vergonzante que pasaba á su lado por la calle recibia de ella una palabra llena de bondad ó la limosna de una moneda. Muchas veces la habian visto á punto de morder un escelente pastel, detenerse de pronto y precipitarse hácia un mendigo para ofrecerle lo que tanto la habia tentado: otras veces tambien, cuando no

tenia un cuarto en su faltriquera, decia en voz baja y con triste acento al infeliz que la tendia la mano: «hermanito, no tengo nada, pero si V. viene aquí mañana á la misma hora, le daré alguna cosa.»

De todas las virtudes del hombre, la caridad es tal vez la mas grata á los ojos de Dios, el cual quiere que nos ayudemos sin cesar los unos á los otros; pero es preciso sin embargo contener el fervor en hacer beneficios á todo ser que sufre, es preciso sin embargo acortar su vuelo, porque llevado hasta el exceso hace infeliz al que lo abriga en su corazon. Cómo secar todas las lágrimas que corren, cómo apagar los latidos de todos los corazones que gimen?

Empero Orosmina no veia tan lejos en el porvenir; vivia mucho con lo presente, algo con lo pasado, y la generosa niña nada tenia para sí, segun la franca expresion de cuantos la conocian.

Su madre habia tomado en la calle del Clavel un cuarto donde recibia poca gente, porque cuando concluyera el tiempo necesario para que su hija adquiriese una buena educacion, debia volverse á Calcuta, y temia estrechar lazos de amistad que á muy poco tendria que romper.

Entre los criados de la señora de Brugada habia una joven de veinte á veinte y dos años, la cual llevaba á Orosmina á paseo por las tardes, y hasta entonces no habia habido motivos para reprenderla, pues cuidaba con la solicitud de una madre á la tierna Bengali. Pero una tarde que se habia detenido en la calle de Alcalá delante de una tienda improvisada (era en tiempo de feria), Clarisa, distraida con los objetos que tenia delante, soltó de la mano á Orosmina. Luego que esta se vio en libertad, dio un paso, despues dos, en seguida tres, hasta que se alejó de su aya. Qué hizo entonces? Andaba acá y allá de puesto en puesto, cuando su madre que habia salido tambien con un amigo de su familia la conoció.

«Sigamos á Orosmina, dijo al que le daba el bra-

zo; sigámosla sin que nos vea, y sepamos por qué va sin su aya.»

Orosmina, despues de pasar y repasar como una mariposa delante de muchas tiendas, se habia parado en presencia de una mujer, joven todavía que se hallaba junto á la fuente de la Cibeles, y lanzaba profundos suspiros. Pobre mujer!

—Qué hace V. ahí? le dijo la Bengali con su voz argentina; por qué no se va V. á su casa?

La señora de Brugada y su compañero de paseo se escondieron detrás de un árbol, y desde allí lo oyeron todo.

—Ay! dijo la mendiga, no tengo casa.

—Vaya V. á casa de su madre.

—No tengo madre.

—Vaya V. á casa de su hija.

—No tengo hija.... soy sola en el mundo.

—Oh! cuánto compadezco á V.! Si la diese alguna cosa la aceptaría V.?

—Sí, con tal que te sea permitido darla.

—Tengo una madre que me permite hacer todo cuanto la pido; pero ahora me acuerdo de que nada traigo conmigo, ni un cuarto siquiera. Oh! venga V. aquí mañana, y pediré á mamá mucho dinero para V.

—Eres muy generosa; niña, pero mañana tal vez me habré muerto de hambre.

Orosmina se estremeció y sus ojos se llenaron de lágrimas, conociendo entonces por primera vez que se hallaba sola: quiso correr en busca de Clarisa; pero dónde podría hallarla? Subió toda la calle de Alcalá, y cerca de la Ancha de Peligros se encaró con una tienda de juguetes, los cuales miró con avidez no por ella sino por la pobre mujer que la habia dicho que tal vez al día siguiente se habria muerto de hambre. Su corazón late con violencia, la sangre se le sube á la cabeza, pierde la razon, y segura de que nadie la mira, alarga su manita, y se apodera de una hermosa muñeca, ocultándola debajo del chal. Su madre que no la perdía de

vista empezó á temblar , y su amigo tuvo que sostenerla.

Orosmina , feliz y radiante de gozo , vuelve á donde estaba la mujer y la dice :

— Esta tarde no tengo dinero , pero puede V. vender esta muñeca que valdrá dos ó tres reales , y comprar pan para no morirse.

La madre y el amigo escuchaban esta conversacion detrás del árbol.

— Eres un ángel del cielo , respondió la infortunada ; cómo ? quieres privarte de este lindo juguete por mí ?

— Sí , sí.

— Y si tu mamá te regaña ?

— Nunca me riñe.

— Sin duda porque serás muy buena.

— Sí , sí , muy buena , escepto hoy.

— Pues qué has hecho ?

— No sabe que tengo esta muñeca.

— Quién te la ha dado ?

— Nadie , yo la he cogido.

— Qué es lo que dices ?

— Que la he cogido allá arriba para que no se muera V. de hambre.

— Pero entonces me moriré de desesperacion ! oh hija mia , coger es un crimen , robar es ofender á Dios !.... Si hubieras robado pan para dármelo , no comería yo ese pan , porque sería un veneno que abrasaría mi cuerpo y mi alma.... Robar , robar , hija mia !... Si Dios puede perdonar al que roba para una madre , los hombres no perdonan , y la clemencia divina solo llega después del castigo. No , no aceptaré lo que me ofreces , porque me haría cómplice de tu mala accion , y si es verdad que solo la humanidad te ha inspirado , vas á conducirme hácia la persona á quien has robado , y á devolverle la muñeca delante de mí , pidiéndole perdon.... Vamos , niña , ven conmigo , tal vez me moriré de hambre , pero te habré dejado pura....

Orosmina lloraba : su corazon , atormentado por la vergüenza y la desesperacion , palpitaba con violencia ;

se puso pálida bajo el peso de la severa reprimenda que acababa de recibir, sus fuerzas la abandonaron, é iba á caer en el suelo cuando una mujer se precipita y la recibe en sus brazos.... era su madre! La pobre mendigo espantada con aquella brusca aparicion, se deshace en disculpas, y protesta su inocencia, porque la desgracia se alarma con tanta facilidad!

— Oh! V. no es culpable, virtuosa criatura, exclama la señora de Brugada; al contrario el cielo le debe á V. una recompensa y se la dará!... Y tú, mi querida Orosmina, expia desde luego tu falta.... despues.... oh! ven á mis brazos, hija mia, porque no podias comprender cuan bajo te colocaban tus sentimientos.

Orosmina devolvió la muñeca robada, pidió perdon al tendero, pagó por mano de su madre seis veces el valor del objeto, y luego dijo con voz débil.

— Se iba á morir de hambre!

— No se morirá, contestó su madre, pues vivirá en nuestra casa, y tendrá vestidos que la preserven del frio, así como un buen asilo para la vejez.

— Gracias, gracias! qué he hecho yo, señora, para merecer una dicha tan grande?

— Qué ha hecho V.?... No solo ha tenido probidad en el infortunio, sino que á costa de su vida amenazada no ha querido V. una prenda mal adquirida. Oh! esto solamente me dice lo que V. vale, y esto abre á V. para siempre mi casa, si quiere V. aceptarla.

Orosmina ofreció su manita á la mendigo, y una hora despues, cuando la criada culpable llegó asustada de la ausencia de la niña, á quien habia buscado por todas partes, la dijo la señora de Brugada:

— Tranquilízate, mi hija ha parecido, pero no volverá á perderse; desde hoy te reemplaza en tu obligacion un aya mas previsora.

— Oh! señora, dijo la mendigo, yo no quiero la plaza de otra, pues temería que esta joven iba á ser tan desgraciada como yo lo he sido por mucho tiempo. No tengo derecho para suplicar á V. mas ya vé V. que está pro-

fundamente afligida por haberla desobedecido,

— Pues bien , seré indulgente hoy , y á nadie costará lágrimas mi alegría.

La pobre mendigo contó á su generosa bienhechora la causa de su desgracia , y esta causa , como era de presumir en vista de la delicadeza de sus sentimientos, nada tenia de reprehensible. La buena accion produjo sus frutos , y la presencia de la recién venida fué muy provechosa para la educacion moral de Orosmina.

HISTORIA NATURAL.

LAS ABEJAS.

Cuántos objetos dignos de admiracion halla el hombre en el estudio de la naturaleza! Las abejas, amigos míos, nos enseñan á no perder un solo instante, demostrándonos que el trabajo es la fuente de la prosperidad, la abundancia y la verdadera dicha; que el poder de este trabajo no conoce obstáculos cuando los miembros de una sociedad, por débiles que sean individualmente, toman la union por guia, y desplegan en el cumplimiento de sus deberes un ardor y una ansiedad constantes. Por lo demás no tardareis en convenceros de este hecho luego que os hayamos trazado los trabajos inmensos que estos insectos ejecutan en solo un año, y el alto saber que preside á todos sus arreglos.

Vamos pues á describiros las costumbres de ese pueblo industrioso que se divide en tres clases:

La primera es la *reina*, encargada, no del gobierno, como indica su título, sino de la reproduccion de la colonia, para lo cual pone todos los años de cua-

renta á sesenta mil huevos. Se conoce en el color oscuro de su manto, en su estructura, en la extension de sus patas y en lo pequeño de las alas, de las cuales casi nunca se sirve.

Los *machos* forman la aristocracia de ese pueblo, y como tales no se entregan á ningun trabajo, limitándose á servir de guardias de corps á su soberana. Tambien son mayores que las abejas de la última clase, y en cada colmena se encierran mil doscientos á mil cuatrocientos. Les faltan medios de defensa, es decir, que no tienen aguijon, pues la previsora naturaleza los condena á una muerte violenta luego que su presencia deja de ser útil al bien público. A fin de que no consuman en el otoño la miel reunida para la provision del invierno, á fines de junio mueren todos á manos de las abejas trabajadoras que forman la masa de la poblacion, y cuentan diez y ocho á veinte mil individuos en una colmena bien constituida.

Anuncian este gran sacrificio por medio de una agitacion extraordinaria y algunos actos aislados de hostilidad, hasta que á poco se apoderan las abejas trabajadoras de la salida de la habitacion, y empieza la matanza de la gente masculina. A poco se va apagando gradualmente el espantoso zumbido que resonaba en la ciudad, señal evidente de que ha cesado el combate, y las abejas arrastran y sacan fuera de la colmena los cadáveres de sus enemigos vencidos, á fin de impedir la corrupcion del aire, el cual se viciaría infaliblemente de otro modo.

Pero apartemos los ojos de estas escenas de carnicería, y volvamos al estado normal de nuestra interesante república, para ocuparnos de la clase trabajadora, á la cual pertenecen esas abejas que en vuestros paseos encontrais zumbando alegremente en todas direcciones por los campos, los prados y las selvas, á donde van á merodear, dejando su habitacion á muchas leguas de distancia. Así extraen el jugo que destila el cádiz de las flores, y recojen el polvo que se escapa de los es-

tambres para llenar con él el justillo del cuerpo y las patas.

Cuando están bien cargadas de estos precisos materiales, se apresuran á tornar á la colmena para entregar á otras trabajadoras ese polvo que han reunido, y colocar en los panales la miel contenida en una vejiguita ó faltriguera que tienen en la parte posterior de su cuerpo.

Así es como confeccionan la miel y la cera con que estan hechas las celdas que componen los panales, y como la miel es, segun veis, el jugo de las flores, comprendereis facilmente como conserva parte de los perfumes que exhalan los vegetales de que proviene. Merced á esto en algunas partes de la Grecia, la Italia y nuestro risueño pais, la miel tiene un gusto exquisito á naranja, como que las abejas liban el jugo del azahar.

No se limitan á esto las tareas de las trabajadoras, pues cuidan de la limpieza en la habitacion, dan de comer á la reina, atienden con solicitud verdaderamente maternal á los enjambres que se hallan en estado de larvas, y hacen centinela á la puerta de la colmena para impedir la entrada á los merodeadores y los enemigos que intenten enriquecerse á costa ajena.

Por qué signos, de qué modo conocen á sus conciudadanos esos vigilantes centinelas? Esto es lo que no pueden descubrir los sentidos del hombre, muy inferiores á los de aquellos débiles insectos; pero el hecho es que solo permiten la entrada á los individuos que tienen derecho á ello, y que rechazan con encarnizamiento á las abejas de otras colmenas aun cuando vayan cargadas con un rico botin.

Pero antes de abanzar mas os describirémos la ciudad.

Las abejas que se hallan en el estado salvaje construyen sus colmenas en la cavidad de los árboles, en las paredes de escarpadas barrancas, tales como las de los caminos profundos abiertos en la greda, y por último, en las hendiduras de macizas rocas. El

hombre para apropiarse el delicioso fruto de los trabajos de este insecto y tenerle constantemente á su disposicion, las ha reducido al estado de domesticidad, construyendo para ellas habitaciones cómodas modeladas por las primitivas de las abejas.

Tenemos pues muchas especies de colmenas, segun lo mas ó menos industriosas que son las poblaciones; unas son de paja entretegida, y presentan la forma de cilindros colocados unos sobre otros, cuyo piso superior está cerrado por arriba, y termina en un cono truncado, habiéndolas tambien en igual forma de corcho: otras, de madera y cuadradas, consisten igualmente en muchos pisos de una misma dimension encajados perfectamente, y cuyo número se va aumentando á medida que lo reclama el acrecentamiento de la colonia. Todos los pisos tienen por detrás una ventanita con su vidrio, la cual permite al propietario vigilar las famas de las abejas y asegurarse de la prosperidad de la república. Tambien estos pisos, ya sean de paja ya de madera, tienen en la parte superior pequeños travesaños de madera que forman un enrejado, de los cuales suspenden las abejas el panal, que consiste en la reunion de un número inmenso de celditas hexágonas hechas de cera, llenas de miel unas y otras de cera.

El piso bajo, que en su base tiene una aberturita cuadrada, descansa sobre una planchilla unida que sobresale del edificio, y sus crias están colocadas unas sobre otras en panales cubiertos que se llaman colmeneros.

En otro número os hablaremos de las diferentes transformaciones que sufre el gusano para convertirse en mariposa, dándoos acerca de las abejas noticias tan curiosas como instructivas.

